

## CAPITULO 16

Desde el bolsillo, Javier Alcántara sacó el pañuelo; se limpiaba la frente y continuaba:

—En este hogar, como lo has advertido desde el primer día, falta una mujer. Una casa donde no hay mujer no es casa. Has traído felicidad a mi vida y ello lo aprecio. ¿Verdad? Puedes meditarlo y disponer de todo el tiempo que deseas, para analizar mi proposición, pues no es mi ánimo urgirte.

—Prometo reflexionar...

—A mi edad, querida Alondra, uno debe tener paciencia. Estás en libertad de elegir cualquiera otra solución, pero mi propuesta es sincera.

—Me conmueven tus palabras, Javier. Bien sabes que no pertenezco a tu sociedad, a esta inercia que yo misma me he impuesto. Se ha convertido en una contrariedad y ello, me duele... Otra vez agradezco tu bondad, la cual advertí el primer día. No lo digo como excusa.

—Esta cabaña, Alondra, empieza a ser tu hogar. ¿O no lo has advertido? Ahora está llena de voces de amor, lo cual se refleja en cada objeto que nos rodea. ¿Acaso no lo has advertido?

—Así lo siento, sin embargo, en cualquier instante me debo marchar y esto urge evaluarlo, despejados del sentimentalismo. A ambos nos va a doler la separación, y debemos asumir la certeza.

Alondra detuvo el relato, como si le faltaran argumentos destinados a explicar su situación. Quería llorar. Solo se escuchaba el gorgoriteo de la lluvia, la danza de las gotas de agua sobre sus cabezas. Y prosiguió:

—Debemos aceptar esta realidad. ¿Ciento? Me invitas a quebrantar mis ideales y ello perturba mis principios. Infinidad de noches, me he desvelado por pensar sobre nuestro futuro. Duele Javier entregarse a estas evocaciones. ¿Compartes acaso mi visión?

—Me pones en una disyuntiva, querida Alondra.

—Aún me buscan en el Walmapu, pero debo arriesgarme y romper el cerco que han tendido sobre mí. Es un peligro latente para ambos, que yo permanezca en tu cabaña. Estás colaborando con una fugitiva de la justicia, ¿o no lo quieres asumir?

—Me niego a asumirlo.

—Es demasiado tiempo de inactividad revolucionaria para mí y eso daña a nuestra organización.

—Tendré paciencia y no quiero presionar. Como lo he

hecho desde que vivo aquí, abrazado a mi soledad, sabré esperar si cambias de opinión. Por favor, quema esa hoja del diario.

Alondra, después de arrojarla al fogón, se marchaba a su cuarto y tendida en la cama, se ponía a sollozar. A su agobiada realidad, llegaban aldabonazos de desesperanza, dudas por no saber encontrar el camino para huir de la nueva cárcel. Ahí, imperaba la generosidad, sin embargo, aquella atmósfera ennegrecía su horizonte. A diario se debatía en la dualidad, producto de su nueva vida.

Esa vida burguesa, emparentada a la molicie. A esperar casarse algún día y tener hijos, mientras se vive entre algodones. Cercada por mimos familiares, rezos del rosario y misas semanales, la habían atosigado. Si renunció a aquello, debía regresar a la lucha. ¿Cuál era el camino ahora, por donde transitar en busca de sus ideales?

Sentía que los mellaba la molicie, al entregarse a esa vida campestre. Si había decidido incorporarse a la agrupación anarquista, su obligación revolucionaria, apuntaba a mantener sus principios contra los arrullos de la indulgente sociedad. Sacrificar su vida mundana, a la placidez, a horas de sueños, en beneficio del desvalido.

Cuando comunicó a su familia a la hora de almuerzo, el

deseo de abandonar los estudios de guitarra en el Conservatorio de Música en Temuco, y marchar a vivir a una reducción mapuche, su padre quiso propinarle una bofetada.

“¿De dónde jovencita surge este nuevo capricho ridículo? ¿Puedo conocer su origen? Aceptamos a regañadientes, que te metieras a estudiar guitarra que es un instrumento para gente del medio pelo, en vez de una profesión productiva. Y ahora, la niñita nos quiere amargar con la grotesca ridiculez, de ir a convivir con los araucanos. Esa gente vive en su medio natural y no necesita la ayuda de nadie. Menos de personas como nosotros”.

Alondra deseó intervenir al sentirse agredida, pero sus palabras eran ahogadas por la verborrea paterna. Vendaval de frases, más bien saetazos dirigidos a su corazón.

“¿Quién te metió esa idea estrafalaria en la cabeza? Responde. De seguro, alguien del conservatorio. ¿Puedo conocer el objetivo? Siempre he pensado que el arte; bueno, cierto arte, es para gente ociosa”.

“Si lo ignoras, el hijo de mi mejor amigo, abrazó la poesía y se halla amancebado con una mujer divorciada, veinte años mayor que él. Viven de la caridad, pues ninguno de ellos trabaja. A menudo se emborrachan y quedan convertidos en estropajo. ¿A esa calidad de vida deseas llegar?”

“Ya lo sé. Te dan lástima los pobres araucanos, porque nosotros los chilenos los despreciamos y abusamos de ellos. Nadie les robó sus tierras. ¿O no lo sabes niñita, que las perdieron por borrachos?”.

Hizo una pausa para beber un sorbo de vino.

“Mis abuelos llegaron a Chile a trabajar duro y si prosperaron, se debió a su capacidad para ahorrar. Vida de sacrificios y no de holganzas. Infinidad de veces pasaron hambre... Se levantaban al alba como buenos cristianos y no se dedicaban a hacer ceremonias paganas, donde se sacrifican niños, para que llueva, escampe o la tierra dé frutos. Así son tus araucanos idólatras”.

“¿O la niña quiere ir a enseñarles música? Deja tranquila a esa gente metida en sus rucas. Ellos son felices en su medio cultural. Tú no naciste para cambiar sus ancestrales costumbres paganas. No soportaría otra desgracia a nivel de la familia. Este fin de semana viajas a Santiago y te vas a vivir por un tiempo donde mi hermana Mercedes. Nada de chistar, jovencita. Es una orden”.

Vociferó su progenitor, en tanto se le encendía el rostro. En sus ojos anidaba la turbiedad, a causa de la desatada verborrea. Arrojaba la servilleta sobre la mesa y se encerraba en su escritorio de abogado. En tanto, la cónyuge gemía y

abrazaba a Alondra, mientras la otra hija inválida, también se ponía a llorar.

Escena repetida cuando se enfrenta la tradición a la rebeldía, en el mundo de la provincia. Aquella familia como era costumbre, tenía sirvientas mapuches, quienes vivían en el hogar de sus patrones en dependencias segregadas.